

Mi hermano

# Carlos

MARCELA DEL RÍO

De mi texto autobiográfico inédito: Cuántas vidas tiene el gato.

**P**repararse para el aterrizaje, los oídos en dolencia, el coro de niños del avión aullando y yo pensando en la próxima novela que habré de escribir. Hay quienes desde que nacen no ven más que el asfalto de las calles y para quienes los árboles son sólo adornos de avenidas derechas, ruidosas, humosas y con suerte asoleadas por un sol paliducho, anémico a fuerza de tamizarlo con la bruma negrusca del neblumo. Pero para quien ha nacido en tiempos en que Coyoacán era todavía un pueblo y no una colonia del monstruo citadino, los árboles son habitantes inteligentes del planeta, compañeros de juegos y paternales sombras protectoras de un sol sin tamices, destemplado e hiriente en aquellos mediodías de verano no identificado como verano, porque entonces no sabía lo que eran los cambios de estación. Cada cual en su rama, pájaros sin alas, presos en su misma dudosa libertad. Y desde la altura medida en hilos de savia circulante, ver los aviones pasar bajo o entre las nubes, con sus alas de plata enarbolando otra libertad, más que imaginada, presentida. ¡Alas! ¡Si tuviera alas! ¿También los pájaros envidiarán esas alas de plata? Mi hermano Carlos nunca se subió a los árboles, ni a los aviones. Su mundo era el piso y sin embargo qué lejos de él caminaba. Las suelas de sus zapatos no conocieron ni la tierra pedregosa ni el asfalto. Porque no caminaba con los pies. Su avance lo lograba a trancos de inteligencia, nunca comprendida por míseros mortales. ¡Qué semejanza con Mozart! ¡Su niñez prodigiosa, sus gestos arbitrarios, sus desplantes, su conocimiento de su propia valía, su extravagancia!

De los personajes que poblaron mi infancia, mi hermano Carlos fue el más interesante. Su muerte, al cumplirse el ciclo

azteca de cincuenta y dos años, me llenó de un dolor que aún me pesa en el cuerpo. Era un genio, de esos distraídos que se ven en las películas cómicas. Pero genio de verdad. A la escuela secundaria dejó de asistir, porque sabía más que los profesores. Sus idas “de pinta” eran a la Biblioteca Nacional. Debió de leerla entera y lo más importante: nunca olvidó una página leída. Cuántas veces al escribir mi novela *Proceso a Faubritten*, tenía que llamarlo por teléfono desde Alemania o desde Checoslovaquia para preguntarle detalles históricos que no encontraba yo en los libros, como por ejemplo: lo que había dicho Hitler en su discurso en la Escuela Alemana al invadir Praga. Y cuando le preguntaba en qué libro podía encontrar datos sobre un asunto cualquiera él me daba no sólo el nombre del libro, sino que me hacía la síntesis de un capítulo o me citaba de memoria un discurso con la explicación de todo su contexto.

Nunca le preocupó su estatura más baja que la normal, ni su extraña apariencia, por la que la gente lo minusvaloraba. Y para lograr que lo tomaran en serio en los periódicos y revistas donde comenzó a escribir a los catorce años diciendo que tenía veinte, y a los veinte, que tenía treinta, y se lo creían, –lo que a mi mamá no le agradaba nada, porque la hacía mayor. Pero los periódicos y revistas le malpagaban sus artículos porque siempre andaba mal trajeado, con camisas sin botones y un sombrero que al paso de los años absorbió toda la mugre de la ciudad. El chaleco y la corbata no se los apeaba ni cuando íbamos a Veracruz de vacaciones. Sus aventuras infantiles y adolescentes fueron para mí los mejores cuentos; mejores que los de hadas rusos, chinos, ingleses, escandinavos o hindúes de mi biblioteca personal que ha ido creciendo al paso de mis años y que ahora no hallo dónde colocar, porque siempre supera la capacidad espacial de las casas donde habito.

Pero la mejor de las aventuras de su genio, hoy puede contarse: corrían los primeros años cincuentas, mi hermano, el filósofo autodidacta, tendría por entonces veintiséis años, se había hecho colaborador de una revista de poca circulación, que, como de costumbre, le pagaba muy mal por sus artículos: diez pesos, cuando, si no recuerdo mal el cambio estaba a ocho pesos por un dólar. Un día se le ocurrió la peregrina idea de proponerle al director de la revista que él podía conseguirle colaboraciones de Alfonso Reyes, que era su tío. El director, dando brincos de gusto, le pidió que por favor lo hiciera pues

eso subiría no sólo el prestigio de la revista, sino su circulación. Mi hermano, estratégicamente, le preguntó cuánto pensaba pagarle por artículo, a lo que el director respondió que podía ofrecerle cincuenta pesos. Esto es, cinco veces más de lo que le pagaba a mi hermano. Ahí comenzó la aventura. Carlos le llevó no uno, sino varios ensayos “de Alfonso Reyes” con temas helénicos. Y una nueva sugerencia: entre los amigos de mi tío Alfonso estaban don Samuel Ramos y don Artemio del Valle Arizpe, así que mi hermano le dijo que también podría conseguir colaboraciones de ellos. El número de artículos aumentó no sólo con los de Ramos y Del Valle Arizpe, sino con los de un economista y un politólogo que él dijo que eran muy connotados, aunque nunca supe si en realidad existían. Por supuesto, todos fueron escritos por mi hermano, de acuerdo con los temas que le interesaba a cada uno de los supuestos colaboradores, cobrando cinco veces más por cada artículo. Pero un día apareció en un periódico, creo que fue en El Universal, un comentario elogioso sobre uno de los artículos de don Artemio “aparecido en una revista casi desconocida,” alabando al autor por haber narrado una anécdota del México colonial, con una brillantez de estilo, como en los mejores tiempos de Del Valle Arizpe. Pensando que se iba a armar la tremolina, cuando comenzaran a darse cuenta de la faena los interfectos, mi hermano pensó: “pies para que los quiero” y salió de estampida a la capital guatemalteca. Unos meses después, mi hermano fue nombrado asesor de la Presidencia en la hermana República. Su estancia originó nuevas aventuras intelectuales, y mi primer escape de la ciudad de México, a Guatemala, donde pasé un año haciendo teatro, dirigiendo a Chejov, a Ibsen y a Priestley, bajo los auspicios del Instituto Nacional de Bellas Artes de Guatemala. La caída de Jacobo Arbens nos devolvió a la ciudad de México a mi hermano y a mí, en precaria situación económica. El epílogo de su escritura apócrifa fue que cuando se le acabaron al director de la revista los ensayos de Alfonso Reyes, él mismo fue a buscarlo para pedirle nuevas colaboraciones. La sorpresa de mi tío fue mayúscula, y más cuando se dio cuenta de que también sus amigos, Ramos y Del Valle Arizpe, habían sido “apocrifados” por mi hermano. (¿Por qué si existe la palabra “plagiado” no se puede decir “apocrifado”?) Hizo una junta cumbre en la “Capilla alfonsina,” con Ramos y Del Valle Arizpe, los puso a leer sus supuestos artículos, y les rogó que no levantaran car-

gos en contra del autor del apocrifato porque se trataba de su dilecto sobrino, a lo que Ramos respondió que en su vida, algunas veces había tenido problema con plagarios, pero que nunca le había ocurrido que un buen ensayo le fuera atribuido, y que esos ensayos que él no había escrito, eran merecedores de llevar su nombre. Así que no se volvió a hablar más del asunto. Y al volver mi hermano de Guatemala, el director de la revista volvió a encargarle nuevos artículos, preguntándole esta vez si los del economista sí eran “auténticos.” Mi hermano respondió que eran absolutamente auténticos y que si quería podía pedirselos directamente a su secretaria. La secretaria, encargada de entregarle los artículos del economista teóricamente connotado... adivinen quién fue. Por supuesto que entonces el autodidacta no soñaba con que un día iba a recibir de la Universidad de Querétaro, el Doctorado Honoris Causa. ■



Marcela del Río